

Y SI

Adrià Pujol Cruells

Y si

Especulaciones sobre lenguaje y literatura
Traducción del catalán de Rubén Martín Giráldez



H&O

La traducción de esta obra se ha beneficiado
de una ayuda del Institut Ramon Llull.

Título original: *I sí*

Primera edición: noviembre de 2023

© De los textos: Adrià Pujol Cruells, 2022

Derechos de edición negociados a través de Asterisc Agents

© De la traducción del catalán: Rubén Martín Giráldez, 2023

© De esta edición:

H&O Editores

www.hyo-editores.com

Fotografía de la faja: Freepik

Fotografía de la contra: Judit Pujadó Edicions Sidillà

Diseño de colección: Silvio García-Aguirre López-Gay

Maquetación: Fotocomposició gama, sl

Corrección: Guillermo Pérez

Impresión: Arteos

ISBN: 978-84-127696-1-6

Depósito legal: B 17241-2023

Todos los derechos reservados. Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, y el alquiler o préstamo público sin la autorización por escrito de los titulares del *copyright*, salvo las excepciones previstas por la ley.

Dedicado a Jordi, mi padre

Reloj. Un señor mayor me da la turra mientras hago cola.¹ Estamos en Correos. Primera hora. He entrado y he preguntado quién era el último. Él se giraba, me miraba con intención, hemos establecido contacto visual y me ha dicho: «El último eres tú». El tuteo. Luego me ha interpelado a bocajarro, como quien se topa con un sobrino al que siempre toca aleccionar, o como quien descubre un alma gemela, un compañero de achaques, de iluminaciones, un discípulo potencial —un esparrin.

Él último eres tú. Ni hola. El hombre ha abierto fuego diciendo que Cataluña se hunde y que todo es culpa de España y de la juventud. Se ha puesto a despotricar y a medio camino ya pronunciaba *juventud* como si fuese un bufido-resumen² de toda la problemática mundana. Se ha impreso la palabra

1. La filósofa valenciana Adela Cortina dice que la base de la convivencia empieza por no juzgar a tus congéneres; empieza por no considerarlos enemigos. Yo, y no me pesa, a este señor de Correos lo considero un enemigo primordial. ¿Por qué? Porque él me considera lo mismo.

2. *Juventud* es una palabra-fetiché que la gente muy vieja usa para referirse a una generación que no existía cuando ellos eran jóvenes —esta palabra, *juventud*, se suele emplear con un tono de cierta condescendencia crítica—. A la *juventud*, como remite a un reino relativamente reciente en la historia europea —antes del Plan Marshall, la juventud no existía—, la gente muy vieja solo la ha visto de lejos, desde su posición adelantada, y a menudo la ha convertido en el cáliz de todas sus frustraciones.

juventud en los ojos amarillos y cataráticos, de hombre devastado (y jubilado) que ametralla a la primera despistada que pasa en menos que canta un gallo. Y recalaba, *juventud, juventud, juventud, juventud, juventud*, como si fuera un eco, *juventud, juventud, uventud, ventud, entud, ntud, tud*, me embalsamaba con la reverberación, me iba cazando con el aparejo de repeticiones, *juventud, juventud*, medio acusándome medio excusándome de ello, la mirada húmeda, la voz quebrada por la edad, porque según el Viejo yo soy el JOVEN —el que va con pantalones cortos y gorra y deportivas y no trabaja es él—. Y, para decir que Cataluña se hunde y que todo es culpa de España (y de la juventud), ahora se sirve de una cantidad continental de metáforas. De hecho, rezuma analogías, se le salen del aburrimiento por los poros, la principal de las cuales se podría resumir en esta ecuación:

Cataluña – España
Víctima – Verdugo

Según el parecer del Viejo,³ Cataluña es a España lo que la Víctima es al Verdugo, y gracias a su fraseología a punto estoy de imaginarme que Cataluña muere torturada a manos de una Españaza con capucha negra y muñequeras de cuero claveteadas, pecholoba, goyesca y carnicera. Sin embargo, enseguida me recompongo. Reloj. Ahuyento la imagen de mi cabeza. No me parece adecuada para compaginarla con la misión que tengo: enviar un paquete de libros a un amigo que vive en Noruega valiéndome del servicio de correo postal

3. Lo llamo Viejo, pero no soy gerontófobo. Ni gerontófilo. Ahora no tengo ganas de ser gran cosa —más allá de ese Antonio de circunstancias que, dado que no soporta la realidad, la poetiza—. Y lo llamo Viejo porque Persona Mayor es desolador.

español. Ahora, admito que el pensamiento analógico es seductor —y económico—, y admito que, como decía Robert Hertz, es «una manera de pensar el mundo que te hace quedar bien en las sobremesas con invitados de postín».⁴

En cuanto se sedimentan, las analogías dan una luz rápida y de muy mala calidad; nos ahorran el análisis exigente y, por lo tanto, calman; desbravan la complejidad de toda pampolina humana. Las analogías acaban resumidas en lugares comunes y por eso decimos que los andaluces son unos vagos, burguesas las catalanas, que al tacaño le tira la judería. La analogía es un mecanismo imbatible para sentirse un animal sapiencial, una herramienta todoterreno que los tertulianos afilan cada día antes de ir a cobrar para no tener que pensar mucho. Aunque, bien mirado, ahora no, pero cuando me preocupo de las relaciones putrefactas entre mi país y el Estado español también soy proclive a formular otra analogía. Es esta:

4. Hertz se refiere a un territorio concreto, el ambiente literario de su época, mientras se queja de que la *intelligentsia* está repleta de analogistas de café, copa y puro —y poco más—. Y es significativo que esta especie de queja-constatación de Hertz la encontremos por todas partes y desde que tenemos conciencia de la *cosa gremial nostra* de los escritores. Un círculo, digamos, intelectual se parece a un ser vivo y por ende se puede desmenuzar categóricamente; no suele fallar: tres cuartos de diletantes entregadísimos, un cuarto de lameculos entre bambalinas y dos o tres currantes soterrados que sostienen el prestigio del círculo sin beneficiarse ni una pizca de ello. Huelga decir que estos dos o tres machacas son generosos —y un poco naifs—, y huelga recordar, también, que en los círculos no suele faltar una figura tótem —votada de entre los tres cuartos de diletantes y asumida por el cuarto de lameculos—, una guardiana espiritual —suele ser un hombretón o una mujerona que regurgita sentencias de cinturón desabrochado.*

* No pienso subrepticamente ni en el filósofo Francesc Pujols ni en su círculo. Hablo de los intelos que no les llegan ni al clavel de la solapa. De hecho, frecuento un clan cuyo líder (espiritual) no pontifica demasiado.

Cataluña – España
Callo – Pie de un gigante maligno

Mi analogía presenta a Cataluña como el juanete de España, tiene un aire de inocencia calculada, es un poco más original que las corrientes y, al fin y al cabo, no tiene ninguna importancia. Las analogías me parecen demasiado gratuitas como para que engrosen ninguna religión del entendimiento —si son para jugar, para mantener el hueso de la cabeza en activo o para hacer literatura relámpago, pase—, pero ahora me sabe mal ponerme a discutir con este hombre sobre si Cataluña es más bochín que juanete o viceversa.

Nota mental: por mucho que sinonimices, en una lengua no hay dos palabras que quieran decir primordialmente lo mismo —ya sea por su origen etimológico disímil o porque cada empalabrador viene de un huerto particular, a lo mejor es cosa del espacio que defiende cada palabra o del territorio en el que se empuña, pero los sinónimos siempre cargarán con matices y fronteras—. Y para ir por el mundo, si es que te importa hacerte entender, más vale que a los *bochines* los llames *verdugos* y que a los *juanetes* los llames *callos* —o, para ser más precisos, *callosidades*—. No carnerees, no te inventes un idioma que no ha hablado naide en ningún sitio.⁵

5. Ya me gustaría carnerear, pero no somos tan temerarios como para pensar que podemos carnerear —o venturaametllerear—. El objetivo, hay tantos, no es este. Yo me he propuesto la ilusión de escribir como mínimo una vez cada palabra catalana. Es un objetivo político a partir de un acto estético que nace de un carácter ecléctico y de un tomar partido monolítico. Mis libros vienen llenos de palabras que hace tiempo que no dice prácticamente nadie, pero no me limito a ser el petimetre que al copiarlas intenta pasar por sabio. Eso ya lo hacen los poetas del empalagamiento, como este:

El mensaje del Viejo de Correos es de sobra fácil de poner en una frase y a correr, pero el hombre se va por las ramas de los ejemplos, monta un árbol retórico y me quiere obligar a recoger los frutos que él, a todo trapo, va colgando. España no paga, España no deja, España nos caga, España no ceja, y la

A la llongada del teu drut esdrúixol,
dipositó ma galta gonsona i llefral,
com qui del nínxol nupcial en fa una zona neutral
al tàlem del súmmum del cúmulo.

O sea:

En el rompiente de tu druto esdrújulo,
deposito mejilla mullida y grasienta,
como quien del nicho nupcial hace una zona neutral
en el tálamo del colmo del cúmulo.

Se dice el pecado, no el pecador. Decía que a mí me hace ilusión escribir como mínimo una vez cada palabra catalana, pero que no las escribo por escribirlas. Intento hacerlas vivir, que no suenen del todo extrañas aunque lleven cien años bajo el polvo del diccionario, en las cacofonías locales o en las cunetas del franquismo. Me las digo primero yo, intento entender qué me dicen, las hago mías y luego las echo fuera de nuevo. Es una ilusión de las gordas: cuando creo que lo he conseguido, vale mucho la pena. Pero, por encima de todo, una vez resucitadas y puestas en marcha, estas palabras tienen que funcionar. El peligro de convocarlas y ya es que puedes acabar escribiendo como un algoritmo* en cuyo cerebro de paja han introducido un corpus idiomático entero. No. La anacronía del vocabulario extraño, la extrañeza, intento sortearla poniendo estas palabras desusadas en compañía de otras que amortigüen su impacto durante la lectura. Sin embargo, no pretendo que el lector las entienda, ni mucho menos que las incorpore. De entrada, solo quiero que las sienta en el cerebro y en el cuerpo. Lejos de lo que a menudo se piensan ciertos elementos, no recluto palabras inauditas ni para hacerme el guapo ni para obligar a nadie a leerme con un diccionario entre las piernas. Quiero que suenen de nuevo y entiendo que sonarán mejor puestas en danza, invitadas a la sardana, al lado de palabras no menos importantes pero en todo caso más habituales. Si luego, de remate, vuelven a decir algo parecido a lo que dijeron tiempo atrás, o algo nuevo, claro, soy feliz.

* ¡Vaya si existe la figura del escritor algorítmico, a fe de dios! El reino (y el miasma) de la poesía está llenísimo, aunque *the poets* tienen un salvoconducto

juventud no trabaja, la juventud no atiende, la juventud bosteza, todo el día ladra que te ladra.

El Viejo se siente objetivo y realista, inapelable; siente que dice la verdad, como la niña que señala al elefante del zoo y dice «grande»; no ve que hace de opinador de coyuntura o, mejor dicho, de loro de la Conjura.⁶ Desde hace unos años, en este país nuestro cuesta pensar por uno mismo. La matraca general aturde. El RELATO pesa. Voy en coche y recojo a pelanas que hacen dedo, me encuentro a conocidos y saludados por la calle, a camareras, farmacéuticos, directoras de oficinas bancarias, filósofos de tuit de media tarde y columnistas que cobran por escribir una columna idéntica cada día; todo el mundo habla de lo mismo y con las mismas fórmulas y enunciados.

bastante manoseado para no tener que saber *qué* dice realmente la palabra —porque también las escogen por cómo suenan o porque se piensan que escogiendo a saber cuáles pasarán por felibres turbo. Y eso: en el aparcamiento (en el claro) del ensayo vamos sobrados de escritores algorítmicos; para el ensayo actual en catalán hay una lista de ocho palabras que quedan *muy de pensador*:

Periferia
Empoderamiento
No-lugar
Simulacro
Archipiélago
Dispositivo (o Desactivar)
Odradek
Re(lo que sea)

La novelística se salva por poco, y a lo mejor es en el bareto del cuento donde hay menos escritores algorítmicos. Aunque, haya o no haya, rumian palabras y no saben ni remotamente qué podían querer decir —tiempo ha.

6. Hace de paloma. De Paloma Catalana. De la misma manera que las palomas producen palomina al vaciar (gallinaza la gallina), este tipo de ciudadano produce catalanina, una especie de líquido argumental semisólido que embardurna las conversaciones de cortesía con el agüilla del procesismo —un género del habla hilvanado en un género del discurso que podríamos denominar el género cacatuesco.

He llegado a decir «buenos días» y me han contestado que «España nos roba». Tenemos un ambiente. Presos políticos indultados. Un ambiente lóbrego. Exiliados. Una tierra descuartizada, llena de represalias. Indultados reversibles. Indultados pochos. Qué hombre, el Viejo de Correos. Reloj. No le estoy escuchando con demasiada atención. Su cháchara me roza, pero no me toca y, además, yo, yo de joven no tengo nada.

Viejo de Correos – Yo de Correos
Escopeta torcida de feria – Globo con premio

La Humanidad dice palabras a mansalva. El resultado es una monserga que baja por el río Madre de la Comunicación. El caudal es monstruoso; el estruendo, mundial. Mientras medio Globo duerme, el otro medio no calla. Se podría decir que cada persona es un afluente de este río Madre que me imagino. Cada charlatán se pasa media vida sintiéndose objetivo y realista, venga a rajarse de sol a sol, ahora más lírico, ahora más expeditivo, ahora más vehemente en el Ebro de la Comunicación; y se podría decir, sin ser demasiado osados, que la LITERATURA funda y mantiene el delta que hay a un lado y a otro de la desembocadura, ahí donde se guardan algunas de las formulaciones más logradas. Antes de desaguar la fraseología diaria, de tanto en tanto tan insípida, a veces tan bonita, cada generación deja un sedimento brillante de nervios y de gozo en el delta de la literatura —gracias a la literatura y a los que la facturan y consumen—. A menudo se trata de literatura hecha con los pies, como la que acaba de asomar la nariz en las cuatro frases mentales anteriores.

—Eh, un delta no se forma en cuatro días; parece que no se mueva, pero convendrías en que es un ente geológico vivo y

en que, por tanto, moverse tendrá que moverse. En cualquier caso, la imagen del delta no acaba de funcionar. Le falta movimiento, temblor.

—Exacto, otra voz de mi cabeza, es como indicas. Y, oye, ya que te tengo aquí, ¿sabes cómo se llaman esos vídeos tan emotivos que graban el crecimiento de una seta y luego los ves a cámara rápida y queda todo prodigioso? Quiero decir, ¿cómo se llama esa técnica? No sé qué *motion*, creo. Que lo hagan con un delta, un hechizo visual de esos, que veríamos un milagro. Que lo hagan con la literatura.

—No se llama nada *motion*. Se llama filmación a intervalos, *time-lapse* en inglés.

—¡Ahora! Pues eso: de momento tenemos que deltas y elefantes son lentos y grandes, como la existencia de la literatura.

—Sí, pensada en conjunto, la literatura tiene un airecillo de lentitud y enormidad, de Morla, de Godzilla, de...

—Ojo, segunda voz de mi cabeza, que nos metemos en el terreno de los estudios culturales, y no quisiera.

—Perdona.

La comunicación ordinaria es frenética y forma un río irruente⁷ de palabras y de enunciados. Las madres a los hijos, los

7. ¿Por qué? Porque *irruents*, en idiolecto ampurdanés la palabra solo la he leído en Pla y la he escuchado en labios de tres personas (o lo he soñado, que bien podría ser). O sea que *irruents* está ahí en *El fill del corrector* puesta adrede —en *homage à*—. Para mí *irruent* tiene el matiz de *violento*. El temporal, el viento y el mar, pero también cualquier intolerancia de corte humano (el racismo, la misoginia) pueden ser irruentes —sobre todo si se pasan del mundo tridimensional a la prosa con ínfulas—. *Anyway*, las micciones joyceanas no lo sé, pero las latas de mi padre a los incautos son memorables. Escribe Mallafrè, en su traducción al catalán del *Ulisses* (Leteradura, 1981): «... *la de Bloom més llarga, menys irruent...*». Sea como fuere, lo dejo en sus teclados, Sr. MG. (*N. del A.*) Mis teclados vienen con una sola erre, pero los pongo a

hombretones al ágora, venga frases, las maestras a los discípulos, los carceleros a las presas y los jueces a los desgraciados —una enamorada a su *crush* platónico—. En los mercados de la Grecia antigua y en el de Calaf se han dicho suficientes cosas como para niquelar el firmamento entero. Atacados por una especie de Goecia y seducidos por el Agua de Azahar de la Comunicación, no hemos parado de proferir. Incluso ahora, mientras hago cola en Correos, en Australia se han dicho menos palabras que en África; es una afirmación poblacionalmente estadística, pero en todas partes se han dicho un montón. En Europa se han expelido hasta desmochar la capacidad auditiva y de aprehender del personal. Las Américas también tienen fama de estar llenas de moscones, y Eurasia menos, pero no se salva. Palabras.

Ahora bien, como el río de la Comunicación no tiene una fuente concreta, unilateral y distinguible, brota al tuntún y, mientras brota, cada cerebro humano y cada boca humana llevan el agua, el río baja que te bajarás, y en todo caso lo que tiene es una desembocadura única y fatal: el agua de la comunicación se disuelve en el mar de la nada, se licúa todo lo que hemos dicho, que decimos y diremos, el torrentazo desaparece y tan solo queda algo imperceptiblemente aluvial —si es que queda algo—, una MATERIA especial, hecha con intención.

Nota mental: cuando pienso que todo este comadreo se pierde, pienso en gestos y en palabras dichas o escritas en el decurso de la comunicación corriente, listas de la compra, abrazos, conversaciones de circunstancias, mensajitos digitales, puñetazos. Es evidente que la verborrea del día puede quedar y de hecho suele quedar

los pies de sus pinrreles. (*N. del T.*) Y a los de sus patillas, ambos pares, que menudo autohomenaje se han marcado. (*N. del E.*)

depositada en algunos individuos concretos, ahora una ocurrencia en la memoria polvorienta del Viejo de Correos, luego el tuit de una artista subversivamente idiota al recuerdo de un seguidor ocioso, pero es un quedar que no queda con contundencia, o que no vale nada, o que, mejor dicho, no es venerado, sino que forma parte del cotorreo general de nuestra especie, no trasciende, es efímero, palabras y poses lanzadas al viento. Bordémoslo de otra manera: las palabras de la comunicación periódica quedan, pero no quedan como queda una obra de arte.

Obra de arte. En la desembocadura del río de la Comunicación (por donde se expulsa prácticamente todo lo que expresamos) hay una materia que, pese al fatalismo del desagüe, a pesar de producirse con las mismas nanopartículas (morfe-mas, monemas, moaxajas) que el parloteo habitual, caray, sabemos que se amontona: retahílas de palabras, flemas que cristalizan, que duran más que la lista de la compra o las declaraciones de odio entre conductores, bongues que perduran mucho más que las ocurrencias de los dandis, aquellos espan-tapájaros entumecidos en perpetua escarcha del corazón —y son poemas, tonadillas, aventuras, comedias y tragedias, delirios, discursos, compilaciones que han permanecido, que consumimos, que repetimos y compartimos y que forman el delta de la literatura—. Obra de arte.

—¿Cómo es que pasa eso?

—Nidea, acabo de empezar a pensar en ello.

—¿Y cómo te lo montas para pensar y escuchar a la vez al Viejo de Correos?

—No lo sé. Debo de tener altas capacidades. También te escucho a ti, segunda voz de mi cabeza.

—Ya.

- O *alteradas capacidades*.
- Largo de aquí.
- No antes / sin obra darte.
- ¡Basta!

En el delta de la literatura, en esa arenilla, queda ALGO especial, de uvas a peras, estrofas, historias, leyes, ruegos y preguntas, blasfemias y eufemismos, trabalenguas, pero en esa imagen hay un déficit de vibración y de momento no están los actores, o los actantes, y no queda claro el papel de artistas y farsantes. En realidad, tan parsimonioso, el tiempo del delta no es por *fina força* más literario que el tiempo de una buena frase dicha (pensada) al vuelo y recordada por un apuntador perspicaz —una buena frase de carnadura literaria—. Quien dice tiempo, dice sedimento: se necesita tiempo y sedimento para vamos a dejarlo, que pruebo con otro arranque. El Viejo no calla. Me despista. La cola no avanza. Estamos aquí. Reloj. Vivir juntos, la civilización es un ir haciendo colas *around the world*. Anteayer mismo perdí la mañana en la cola de las gestiones en el banco:

A veces pasa
algo abismados
en fila india
amedrentados
nos entran ganas
de comer críos
como carcundas
y quien lo niegue
y quien se esconda
que hasta la muerte
le den macumba.
Me como un cristo